

nunció el mando, y abandonó el ejército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavía, á pesar de este desfalco, eran iguales ó superiores á los nuestros, y el Marqués de Saluzo, á quien dieron el mando despues de ido el Marqués de Mantua, era un general inteligente y activo. Su primera operacion fué fortificar la punta del puente de esta parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo con efecto, fortificó el puente, y puso en él su guardia. Mas no por eso habia adelantado mucho en su intento de pasar delante: Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era imposible forzarle, y desde allí impedía la marcha del enemigo. Es verdad tambien que el invierno, entonces en su mayor rigor, contribuyó mucho á esta inaccion de unos y otros. El Garellano, saliendo de madre, inundaba aquellas campiñas; pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada: el campo hecho un lago, apenas podian con maderos, piedras y faginas oponer un reparo al agua sobre que estaban: los viveres escaseaban cada vez mas: las enfermedades picaban, y ya la paciencia fallecia. Hasta los oficiales primeros del ejército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habian desmayado, y se fueron á Gonzalo á aconsejarle, que pues el enemigo no podia por el rigor de la estacion emprender faccion de momento, diese algun alivio á sus tropas, y las pasase á Capua, donde

mejor alojadas y mantenidas podrian repararse de los trabajos pasados, y estarian á la mira de los movimientos de los franceses. Mas él, firme é incontrastable, les respondió con su magnanimidad acostumbrada: *Permanecer aquí es lo que importa al servicio del Rey y al logro de la victoria; y tened entendido, que más quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante, que vivir un siglo dando uno solo hácia atras.*

Los franceses no padecian igualmente por la intemperie: la ribera del rio era por allí mas alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su ejército, les dieron algun reparo contra la humedad: el resto fué repartido en los lugares convecinos, porque no acostumbrados á aquellas fatigas, hechos á llegar y combatir, é impacientes de la tardanza, se mostraban menos sufridos á los rigores de la estacion. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y solo atendian á guarecerse de las incomodidades que sufrían. Entretanto llegó al campo español Bartolomé de Albiano, de la casa de los Ursinos, con tres mil hombres de socorro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas, y odiosa, igualmente que ellos, al Papa Alejandro VI y á su hijo César, habian servido contra España hasta entonces; pero al fin fueron reducidos á seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenia por máxima el atraer

las voluntades de las casas principales de Italia. Este socorro, pues, llegó al tiempo mas oportuno; y Albiano, que le conducia, era un excelente militar. Él fué quien inspiró ó hizo valer el dictamen de marchar al instante al enemigo, echando un puente mas arriba de donde tenían el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta manobra; y Albiano hizo construir cuatro millas mas arriba un puente hecho de ruedas de carros, de barcas y toneles, todo bien trabado con maromas: tendiéndole en el rio, y todo estuvo dispuesto para

1503. la noche del veinte y siete de diciembre. Al instante pasó la mayor parte del ejército; y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al rio, y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuela del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demas infantería, le guiaba el mismo general; y la retaguardia, que se había quedado de la otra parte del rio, mandada por Andrade, tenia orden de embestir el fuerte que defendia el puente francés, y pasar por él á juntarse con el resto del ejército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construido el puente por los españoles, de su paso por el rio, y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron: mas despues, ya seguros del hecho, y viendo que era tarde para esperar allí y contrarestar la furia del enemigo, aterrados y sin

consejo, desampararon apresuradamente el campo, y huyen despavoridos hácia Gaeta, pensando defender el puesto difícil de Mola y Castellon. Gonzalo envió á Próspero Colonna y á Albiano con doscientos caballos para que los inquietasen en su fuga, y entró en el real enemigo, lleno de despojos y municiones. Allí se juntó con él su retaguardia, porque los franceses que guardaban el puente, poseídos tambien de miedo, le habían desamparado; y deshecho, puesta en las barcas su mas pesada artillería, para que rio abajo llegase á Gaeta. Mas este mismo peso fué causa de que no caminasen con la priesa necesaria; y los españoles pudieron juntarlas con facilidad, rehacer el puente, y pasar el rio. Entretanto los franceses huían, pero ordenados: hacían cara á sus contrarios en los pasos difíciles para pasarlos sin desconcertarse, saliendo primero la artillería, luego los infantes, y la caballería se retiraba la última, aunque siempre con algun daño. Llegaron así al puente que está delante de Mola, y allí el Marqués de Saluzo acordó hacer frente al enemigo, y procurar recobrase. Cien hombres de armas mandados por Bernardo Adorno se paron, y peleando valerosamente, hacen á los nuestros detenerse, y aun retroceder: acuden los fugitivos, y á la sombra de aquel escuadron se ordenan junto á Mola, cobran ánimo, y se preparan á la pelea. Mas el centro de nuestro ejército llegaba ya, conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitan iba allí animando la gen-

te y exhortándola á apresurarse: el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino, y cae con su dueño al suelo: acuden á socorrerle los que estaban cerca, y él, levantándose sin lesión, les dice alegremente lo que Scipion y César en ocasion semejante dijeron á sus soldados; *Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere*. Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos á huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente á Mola, y dividiendo su ejército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes, con intencion de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad peleaban como leones: no así los franceses, cuyo espíritu primero sorprendido, despues aterrado, no acertaba ni con la ofensa, ni con la defensa, ni á guardar ni á seguir consejo. Su general en este apuro, no contando ya con la victoria, y viendo la muerte y desolacion por todas partes, dió á un tiempo la orden y el ejemplo de la fuga, y corre hácia Gaeta: todos le siguen, pero desordenados y dispérsos, abandonando banderas, artillería y bagajes, atropellándose miserablemente unos á otros; entregándose estos al hierro del enemigo, que ferozmente los hostiga, aquellos á la venganza de los paisanos vecinos, que cogiéndolos dispérsos los degüellan.

Tal fué la célebre rota del Garéllano, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagaje, la artillería mejor de Europa, y la pérdi-

da irreparable de tan hermoso reino. La Italia, que habia visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecia que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenia delante, le vió á poco tiempo deshecho sin batalla, y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posicion, y á la constancia con que se mantuvo cincuenta dias delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponian. Él conocia á los franceses, sabia que no estaban tan hechos á la fatiga como sus soldados, veia su impaciencia, y quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estacion. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna; pero la del Garéllano es enteramente debida á la capacidad del Gran Capitan, que entonces llenó toda la extension de este renombre.

Aquella noche reposó el general español con sus tropas en Castellon; y el descanso era bien necesario á unos hombres, que habian hecho una marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinte y cuatro horas. Al dia siguiente se puso sobre Gaeta; y luego que asentó la artillería para batirla, los sitiados se rindieron á partido de que fuesen libres todos los prisioneros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles, otorgóle Gonzalo, y entró en Gaeta el dia primero del año de 1504, habiendo au-

tes desfilado los franceses, desmontados los caballos, y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algun tanto la humillacion de esta derrota á los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesía, alabando su valor; y fué tal su atencion á que se les guardase el respeto debido á los infelices, que viendo á un soldado suyo arrancar por fuerza á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse á castigarle con la espada desnuda, y le hubiera muerto sin arbitrio, á no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante á Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta á Nápoles, donde la alegría y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino, y le puso á punto de muerte. Toda Nápoles se estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoría fué igual á las muestras de sentimiento que hizo mientras estuvo enfermo. Siete dias tuvo audiencia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre, á quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administracion y policía del reino; hizo confederaciones nuevas, y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió á varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aun se tenían por los franceses; y empezó á repartir las recompensas merecidas por sus

compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que mas sobresalian en él, los premios que dispensó fueron mas propios de un Rey que de un Lugar-Teniente. Restituyó á los Colonnas los estados que les habian usurpado los franceses; á Albiano dió la ciudad de San Márcos; á Méndoz el Condado de Mélito; el de Oliveto á Navarro; á Paredes dió el señorío de Coloneta; en fin á todos los que se habian distinguido repartió estados, tierras, rentas pingües y magníficos presentes. Hacianse todos lenguas en su alabanza, no sabiendo qué exaltar mas en él, si la majestad heroica de su persona, la gracia y cortesanía de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y la clemencia, ó su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria que la busquen por todos los medios con que se adquiere. El gusto que recibia Gonzalo de ser alabado en versos latinos, aunque él no entendia esta lengua, le hizo recompensar magníficamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habian recibido, exhortaron á Pedro Gravina, en quien reconocian mayores talentos para la alta poesia, á que se ejercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas á pesar de esta diligencia, hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con mas dignidad en los

archivos de la historia que en los ecos de la poesía

Como la pacificación y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se dedicó todo á este objeto. Había empero un estorbo para conseguirlo, que era el genio revoltoso y terrible de César Borja. César, hijo del Papa Alejandro VI, y hecho Cardenal al tiempo de la exaltación de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad, y aspiró á los honores que tenía el Duque de Gandía su hermano mayor. Hízole asesinar una noche; y el Papa estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de allí á pocos días una dispensa para dejar las órdenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entonces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pensión, le costeó una compañía de cien hombres de armas, y le casó con Juana Albret, hermana del Rey de Navarra, y parienta suya. Con semejante apoyo, su ánimo fiero y atrevido se revolvio á los proyectos de ambicion, y empezó á ocupar las tierras y fortalezas de la Romaña, á cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era *Aut César aut nihil*: sus medios todos los que le venian á la mano; y los conquistadores mas célebres del mundo no emplearon en sus expediciones mas esfuerzo, mas osadía, mas astucia, mas perfidia ni mas atrocidad, que este hombre extraordinario en la ocupacion del corto territorio que deseaba. Echó de Roma á los Colonnas: se apoderó del ducado de Urbino: hizo dar muerte por

la mas baja alevosía á las principales cabezas de la casa Ursina: ocupó sus estados; y Rimini, Faenza, Forli, y todas las plazas y fuerzas de la Romaña tuvieron que bajar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servian abundantemente á sus designios; y cuando estos faltaban, el veneno dado á los Cardenales mas ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No habia en Italia general ninguno que mejor pagase sus soldados, que mas bien los tratase, y de todas partes acudian á servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porcion de oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moncada. Él de su persona era ágil, esforzado, diestrisimo en el manejo de todas armas, el primero en los peligros, el mas ardiente en el combate. La gentil disposicion de sus miembros era aseada por la terribilidad de su rostro, que lleno de herpes, destilando materia, y con los ojos hundidos y sanguinos, demostraba la negrura de su alma, y daba á entender ser amasado con hiel y con ponzoña. Por una especie de prodigio la naturaleza se habia complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio, y la ambicion brillante y arrojada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar á su cuñado Don Alonso de Aragon, para gozar libremente de su hermana Lucrecia: abusó feamente de Astor Manfredo, señor de Faen-

za, y después le hizo arrojar en el Tiber: mató con veneno al joven Cardenal Borja, porque favorecía á su hermano mayor el Duque de Gandía: hizo cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la casa Ursina.... La pluma se niega á seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginación se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante á los mas de los tiranos, que quieren la justicia para los demas, y no para sí, la hacía guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que cuando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo, y aquellos dominios pasaron á otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometían, les hacían desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del Papa Alejandro cortó el vuelo á la ambición de César. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron: los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas, y el Papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó, y le hizo rendir á la Iglesia casi todas las demas. Entonces fué cuando con un salvo conducto, firmado por el mismo Gran Capitan, vino á Nápoles, y se puso bajo el amparo de España. Dícese que el salvo conducto tenía por basa que César no haría ningun movimiento ni empresa en perjuicio del Rey Católico: sin duda Gonzalo previó que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no cabía estar mucho tiempo sin faltar á sus pactos y

dar por consiguiente ocasion á que no se le cumpliesen á él. Asi fué; y nunca César Borja manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entonces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia, y volverla á encender en guerra. El oro, que aun tenía en abundancia, le daba lugar á conseguir sus intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli, que aun no habia entregado al Papa Julio; trató de ocupar el estado de Urbino; halló personas que se obligasen á entrar en Pésaro, y matar al señor de ella; negoció con los Colonnas, dándoles dinero para pagar mil soldados; dió orden á un capitan español, que le servia, para que se metiese con gente de guerra en Pisa, y estorbase que esta ciudad se pusiese bajo la protección de España; alteró á Pómboli, que se alzó por él; negociaba á un tiempo con Francia, con Roma y con el Turco; y empezó á sonsacar compañías enteras del ejército de Gonzalo, hallando siempre por su liberalidad dispuestos á servirle alemanes y españoles. Gonzalo, que habia recibido orden del Rey para que echase de Nápoles á César, y le enviase á Francia, á España, ó á Roma, noticioso tambien de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnuovo por Nuño de Ocampo. Dió él al arrestarle un grande y furioso grito, maldiciendo su fortuna, y acusando la perfidia del Gran Capitan. Nadie se movió á socorrerle; y de allí á pocos dias fué enviado á España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del

castillo, y se recogió á Navarra; donde sirviendo al Rey su cuñado en la guerra que hacía al Conde de Lerin, fué muerto en una escaramuza junto á Mendavia. Tal fin hizo César Borja, en cuya prision se culpa mucho la conducta del Gran Capitan: es verdad que César era un tizon eterno de discordia, incapaz de sosegar ni de dejar sosiego á nadie; es cierto que era un monstruo indigno de todo buen proceder: todo italiano tenia derecho á perseguirle como á una fiera; pero el Gran Capitan, que le habia ofrecido un asilo en su desgracia, hubiera hecho mas por su gloria, si no abusara de la confianza, que César habia hecho de él poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista, y en mirar por los intereses de su patria y de su Rey, la envidia empezaba á labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y á la gloria. Nada habia mas opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: éste franco, confiado, magnifico y liberal: aquel zeloso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repartia á manos llenas las rentas del estado, las tierras y los pueblos entre españoles é italianos, segun los méritos contraidos por cada uno; y el Rey, que aun no se atrevia á irle á la mano en aquellas liberalidades, decia que de nada le servia tener un nuevo reino, conquistado si con la mayor gloria y el esfuerzo mas feliz, pero tambien disipado por la prodigali-

dad imprudente de su general. Los malsines atizaban esta siniestra disposicion: los unos decian que las rentas se malgastaban sin orden ni arreglo alguno: los otros que se permitia al soldado una licencia opuesta á toda policia, y ruinosa á los pueblos. Hasta los Colonnas, ¿quién lo creyera! los Colonnas, zelosos del favor que daba Gonzalo á los Ursinos, insinuaban al Rey que la conducta del Gran Capitan en Nápoles era mas bien de un igual, que de un Lugarteniente suyo.

Mientras vivió la Reina Católica estas semillas de division apenas produjeron efecto. Los poderes amplios que tenia se redujeron á las funciones de Vi-rey; y Fernando dió las tenencias de algunas plazas á otros que aquellos á quienes las habia dado Gonzalo: entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fué dado en guarda á Luis Peijoo. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitan, porque Ocampo habia sido el que mas se habia distinguido cuando se tomó; y decia que el que supo ganar aquel castillo, tambien le sabia defender. Quiso dejar la habitacion que allí tenia: pero Peijoo, á fuerza de súplicas le contuvo. En fin, pidió su licencia para volverse á España, exponiendo á los Reyes que añadiría este servicio á los demas que ya les habia hecho; y que habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirles en su corte. No tuvo respuesta esta representación; y entretanto murió Isabel; siguiéndola al sepulcro

26 de noviembre
de 1504.

las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora habia sido. A su magnanimidad, á su actividad y á su constancia se debe la pacificación del reino, entregado, cuando ella entró á reinar, á facciones y á bandidos; la expulsion de los moros; la conquista de Nápoles; el descubrimiento de la América. Los errores de su administracion, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su carácter era mas altivo, mas rencoroso, mas entero que lo que corresponde á una mujer; la austeridad respetable de sus costumbres, y el amor que tenia á la felicidad y á la gloria de la nacion que mandaba, la excusaban delante de sus vasallos, y deben hacer olvidar estos defectos á los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como Gonzalo. Ella habia sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando: con su falta iba á ser el objeto de los desaires y desabrimientos de un Príncipe, que desconfiado por carácter, hecho mas sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente á galardonar los servicios del Gran Capitan, iba á entregarse á las sospechas, para quitarse de encima la obligacion del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposicion Próspero Colonna, que entonces habia venido á España, con sus perfidas sugestiones: el ingrato Nuño de Ocampo, que tambien se manifestó su acusador con respecto á la in-

version de caudales: el artificioso Francisco de Rojas, embajador de España en Roma, el cual despues de haber auxiliado á Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influjo en Italia, aspiraba á que le sacasen de ella: en fin, el Vi-rey de Sicilia Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitan por la justicia que hizo á los pueblos de la isla, cuando sus vejaciones los alborotaban. Todo se convertia por estos malsines envidiosos en su daño: sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el lujo y ostentosa magnificencia de su casa, el amor que le tenian los pueblos y Barones principales del reino, la veneracion y respeto de los estados de Italia.

Hallábase entonces Fernando en una de aquellas circunstancias críticas en que no bastan las luces y la inteligencia á un politico, sino que es preciso apelar á la grandeza de alma y de carácter, para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dejaba sus reinos á su hija Doña Juana, casada con el Archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija ó no quisiese ó no pudiese intervenir en la gobernacion de ellos, fuese Gobernador el Rey Católico, mientras llegaba á mayor edad Carlos, su nieto, hijo mayor del Archiduque y Juana. Esta, privada de razon, era absolutamente inútil al gobierno; y Fernando, en virtud de la disposicion de Isabel, queria seguir mandando en Castilla: Felipe deseaba venir á ad-

ministrar el patrimonio de su esposa; y la mayor parte de los Grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujeción en que habían estado hasta entonces, favorecían las pretensiones del Archiduque. Este vino con la Reina á España, y fué en fin forzoso á Fernando salir casi como expelido de aquel estado, que por tantos años había gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad mas gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le había asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta imperdonable. Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió á pedir á Portugal, donde vivía retirada en un claustro; pero ni aquel Rey consintió, ni ella, ya vieja y dedicada á la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entonces en la consideración de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la había despojado del reino? Volvióse á otra parte, y ajustó paz con Luis XII: contrató casarse con Germana de Foix, sobrina de aquel Monarca, y ofreció restituir á todos los Barones Anjinos los estados que habían perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convención era buscar un apoyo contra los designios de su yerno, y ver si podía con su nuevo himeneo tener herederos á quien dejar sus propios dominios, y destruir así la grande obra de la reunión de España, anhelada y conseguida por él

y su esposa difunta. Los estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la casa de Aragon, ofrecían un problema político que resolver. ¿Debian obedecer á Fernando, ó al Archiduque? El Rey Católico temía que Gonzalo, siguiendo los intereses de este Príncipe, alzase por él aquel reino, y se le entregase. Su mayor ansia era traerle á España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envió órdenes sobre órdenes para que se viniese: mandóle publicar la paz ajustada, restituir los estados á los Barones desposeídos, y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles; pero la restitución de los estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedían la asistencia de Gonzalo, y mas tiempo que el que podía sufrir la impaciencia del Monarca receloso. Para activar su salida de aquel reino se obligó Fernando á conferirle, luego que llegase á su corte, el Maestrazgo de Santiago. Entretanto negociaban con él el Archiduque, Maximiliano su padre, y el Papa, procurando explorar sus intenciones, y ofreciéndole grandes premios si conservaba el estado bajo su obediencia. Dicese que le prometieron casar á su hija Elvira con el desdichado Duque de Calabria Don Fernando, restituir á éste en aquel reino como feudatario de Castilla, y dejarle á él Alí de Gobernador perpetuo.

Pero él, firme contra las sugerencias del interés y del temor, respondió fieramente al Papa que